La nación está cambiando de estado

Lo bueno del estado de la nación es que -según dice el Presidente- vamos avanzando. Lo malo es que no dice hacia dónde, lo peor es que no lo sabe, y lo pésimo es que ni siquiera se plantea la cuestión. Cambiamos, pero no vemos el sentido del cambio.

Son visibles numerosos cambios locales pero su contemplación nos oculta la visión del cambio global. Muchos índices se mueven hacia arriba y hacia abajo: sube el producto interior bruto y bajan la inflación y el nivel de empleo, suben la tortura y las delaciones y baja el nivel de militancia, sube la implicación de España en bloques económicos y militares y baja la calidad de vida, sube el poder militar y baja el poder sindical, suben la delincuencia y la audiencia de televisión y baja la capacidad de pensar. Tenemos que situar la mirada a una altura conveniente para ver el proceso en su conjunto.

El estado de la nación está cambiando, la nación está cambiando de estado. Está pasando del estado sólido al estado líquido. Se ha dicho que la función de los gobiernos socialdemócratas es destruir las resistencias sociales que impiden o dificultan la digestión de los países europeos por las transnacionales: los sindicatos y los colegios profesionales, los núcleos artísticos e intelectuales y las pequeñas y medianas empresas nacionales, las culturas autóctonas y el sentido individual de responsabilidad. Lo sólido es finitamente deformable y por tanto informable, ofrece resistencia y guarda memoria. Lo líquido es infinitamente deformable y por tanto no informable, ni ofrece resistencia ni guarda memoria. Sólo se puede incorporar al capital lo líquido: un capital es *solvente* cuando es *liquidable*, se *disuelve* una manifestación o se *liquida* a una oposición o se *resuelve* un problema (se remueven sólidos que interceptan los caminos del capital -trombos-). Bajo el efecto del cambio perdemos la capacidad de resistir y recordar: nos transformamos en pura fuerza de trabajo, en pura fuerza de consumo, siempre disponibles. Así nos modernizamos, así esto llega a funcionar.

La España oficial se distancia

Está claro a dónde vamos: está menos claro en qué otra dirección podemos ir, y está nada claro qué deberíamos hacer para ir por ella. No debemos culpar en exceso a los compañeros del Gobierno por no hacer más, u otra cosa, de lo que hacen: el que quiera culparlos que se ponga imaginariamente en su lugar. Hay chantajes exteriores e interiores: por arriba, no se ha perdido la resistencia ni la memoria. Pero podemos culparlos por lo que dicen y por lo que callan. Una cosa es no encontrar la puerta de salida de la OTAN y otra decir que la OTAN nos conviene. Una cosa es ser desbordados por los operadores jurídicos -militares, policías, jueces- y otra diferente decir que no hay tortura ni corrupción. Una cosa es estar ocupados militar y económicamente por los Estados Unidos y otra muy distinta afirmar la vocación atlántica. Pocas veces la España oficial ha estado tan lejos de la España real.

Decía Fourier: dicen que la utopía es imposible, como dicen que es imposible nadie la intenta, y como nadie la intenta resulta -efectivamente- imposible. Utópico es el que resiste a la opresión porque guarda memoria de los otros futuros posibles. «Utópico» es una palabra que los compañeros del gobierno nos lanzan con desprecio. La alternativa es: utópicos o liquidados.

Jesús Ibáñez